Periodismo, literatura y política: *El hambre* de Martín Caparrós

Gustavo Abad Ordóñez
Universidad Central del Ecuador

Extracto:

Desde una inmersión profunda en el mundo narrado, el cronista levanta la mirada más allá de la montaña de basura y conecta esa realidad empírica con un sistema de referencias histórico: la migración campesina hacia las grandes ciudades por causa de la sequía, las inundaciones y el olvido del Estado; la tecnificación industrial del "granero del mundo", como se conocía a la Argentina por el volumen de su producción agrícola; las dictaduras militares con las que el capitalismo pretendía contener la amenaza comunista; la crisis de las organizaciones obreras, debilitadas por la caída de los referentes ideológicos y la corrupción interna; el neoliberalismo de fines del XX con su relato de libre flujo de capitales y mercancías, pero no de personas; el neopopulismo de inicios del XXI y su sistema clientelar de favores con fondos públicos…

En diciembre de 1937, Roberto Arlt escribió para diario *El Mundo* una serie de crónicas acerca de la sequía y su consecuente hambruna en la provincia argentina de Santiago del Estero. Las ocho piezas de su relato están concentradas en un bloque titulado "En el infierno santiagueño", dentro del libro *El paisaje en las nubes* (2009), que recoge lo mejor de la escritura periodística de los últimos años de Arlt, hasta la crónica que envió al periódico la noche misma de su temprana muerte.

En medio de esas llanuras requemadas, de caballos moribundos y vacas postradas, el escritor reproduce las imágenes de un mundo que se deshace de calor y donde la gente muere de hambre. Y se narra a sí mismo, escribiendo bajo un techadillo de paja, rodeado de un enjambre de moscas, atenazado por una fiebre apenas dulcificada por los últimos jugos de una naranja.

Veinte años después, una noche de otro asfixiante verano, un hombre se acerca a la mesa donde Rodolfo Walsh trata de apagar la sed con una cerveza y le dice: “Hay un fusilado que vive”. Y de esa revelación —que se queda latiendo en la cabeza del periodista— nace lo que después sería *Operación Masacre*, la crónica en que Walsh cuenta, paso a paso, el modo en que unos militares enloquecidos fusilaron a un grupo de civiles sospechosos de participar en un levantamiento peronista en 1956.

La masacre —que Walsh reconstruye a base de testimonios obtenidos bajo riesgo de muerte— tuvo lugar en los basurales de una pequeña localidad en las afueras de Buenos Aires llamada José León Suárez, a un kilómetro de Campo de Mayo, el cuartel donde, otros veinte años después, la dictadura militar (1976-1983) torturaba, quemaba y desaparecía los cuerpos de cientos o quizá miles de opositores al régimen que gobernaba Argentina por la autoridad brutal de las armas.

A esos mismos basurales llega Martín Caparrós, ya en tiempos actuales, atraído por el peregrinaje diario de miles de personas que buscan alimento entre toneladas de inmundicias y bolsas chorreantes. Caparrós hace allí parte de su trabajo de campo para el libro que publicará después con el título *El hambre* (2014), un conjunto de crónicas acerca de cómo millones de personas mueren de hambre en todo el mundo mientras casi la mitad de alimentos que produce el planeta se desperdicia o se pierde antes de llegar a un estómago humano.

Entre los que buscan comida bajo un sol que amenaza reventar sus cabezas —parece que el sol juega un papel infame en todo esto—, algunos le cuentan al cronista que sus familias tuvieron que abandonar hace muchos años, tantos que ya no se acuerdan, la provincia de Santiago del Estero debido a la sequía. Quizá sean los nietos de aquella sedienta humanidad narrada por Roberto Arlt, que menciono en líneas anteriores.

El dato parece causal, pero puede que no lo sea. Es más, estoy seguro de que no es una simple coincidencia. Encuentro una sorprendente pero inocultable conexión entre los cuerpos consumidos por la sequía, del relato de Arlt; los cuerpos eliminados por las armas, de los que habla Walsh; y los cuerpos negados de alimento por la perversión del mercado, de la crónica de Caparrós.

En todos los casos, se trata de experiencias extremas del cuerpo: sed por sequía y abandono, muerte por represión política, hambre por pobreza sistémica. Y en todos los casos, esas experiencias tienen un narrador involucrado no solo intelectual sino corporalmente con la situación: un Arlt afiebrado, un Walsh perseguido, y un Caparrós asfixiado.

Ahí está la clave de todo esto. La conexión está en el relato y su modo de construcción. Y dentro del relato, en la relación entre cuerpo y palabra.

Tomás Eloy Martínez afirmó alguna vez que la crónica es la columna vertebral de la historia literaria latinoamericana. Incluso la metáfora alude a una pieza corporal. Se refería a que esta forma narrativa aparece en las obras fundamentales, desde *Martín Fierro*, de Hernández; *Facundo*, de Sarmiento; *Historia universal de la infamia*, de Borges… Hasta los contemporáneos, entre los que se encuentra el mismo Martínez. La línea de continuidad en la tríada Arlt-Walsh-Caparrós, que acabo de exponer, confirma la lucidez de su afirmación.

El periodismo narrativo es el lugar donde confluyen, con más intensidad que en otros ámbitos de las letras, la política y la literatura. Recupero entonces una de las preguntas que guían mi propio ejercicio de escritura: ¿cuál es el lugar del cuerpo y cuál es el lugar de la palabra en la crónica de multitudes? Martín Caparrós ofrece la oportunidad de contestarla. De su libro de crónicas *El hambre* tomo una, que se refiere a la realidad latinoamericana: «Argentina. La Basura».[1]

1. El relato de los que sobran

Caparrós comienza su historia con una escena escatológica. Aunque apenas se refiere al olor, no hay modo de dejar de oler lo podrido. La ventaja de la escritura sobre

[1] Este artículo corresponde a un acápite de mi tesis doctoral denominada “Cuerpo y palabra: la crónica de multitudes”, del Programa de Doctorado en Literatura Latinoamericana de la Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador.

otros registros de la realidad es que, para recrear un hecho, necesariamente tiene que recrear un lenguaje. Quiero decir que la tarea ineludible del escritor es plantearse, cada vez que emprende un ejercicio narrativo, una nueva relación creativa con el mundo. Un acontecimiento puede ser reconocido como tal en la medida en que ha sido consignado en un relato:

> El sol ataca. Hay un camino de tierra, un descampado, olor a rayos; hay un puente. Bajo el puente, el río Reconquista es un amasijo de agua marrón y espuma, podredumbre. El sol deshace. Sobre el puente, cientos de personas esperan que, unos metros más allá, una barrera se abra. Transpiran, esperan, se miran, hablan poco; muchos tienen bicicletas. Bajo el puente se oyen unos gritos: dos muchachos de 15, 16 corren a otro muchacho de 15, 16. Sobre el puente, cuando se abra la barrera, los cientos de personas van a correr hacia la montaña de basura. Son hombres, casi todos; casi todos son jóvenes —pero hay mujeres, viejos. (2014, 361)

Gente que escarba en la basura en busca de un yogur descompuesto, un paquete de salchichas verdosas. Caparrós se pone en el centro de toda esa sobrevivencia humillante. Al parecer, lo que sobra en el mundo, además de la basura desalojada desde las ciudades hacia los depósitos suburbanos, es la gente que vive de ella. Son excedentes del sistema.

El cuerpo de los excluidos es materia orgánica que sobra en una sociedad donde las grandes cadenas de supermercados tiran la comida, incluso antes de su fecha de caducidad, para cobrar el seguro. Mientras las perchas se vuelven a llenar de alimentos industrializados, la lucha por la proteína desechada tiene lugar en las cloacas:

> Bajo el puente, el perseguido grita; los perseguidores lo alcanzan, lo acosan, el perseguido grita más. Sobre el puente algunos miran: hacen como que no miran y los miran. Abajo, los perseguidores voltean al perseguido, lo agarran por los brazos y los pies, lo hamacan en el aire, lo revolean al río. El perseguido cae al río podrido, ya no grita. Los que esperan esperan. El sol estalla. (2014, 361)

La imagen del chico que cae a las aguas inmundas, sin que alguien mueva un dedo para evitarlo, resume la condición de los que sobran. Uno de los ejes del relato de Caparrós es precisamente la degradación del cuerpo. De soporte de un proyecto de vida, pasa a simple materia desechable, casi indiscernible del resto del basural.

Desde una inmersión profunda en el mundo narrado, el cronista levanta la mirada más allá de la montaña de basura y conecta esa realidad empírica con un sistema de referencias histórico: la migración campesina hacia las grandes ciudades por causa de la sequía, las inundaciones y el olvido del Estado; la tecnificación industrial del "granero del mundo", como se conocía a la Argentina por el volumen de su producción agrícola; las dictaduras militares con las que el capitalismo pretendía contener la amenaza comunista; la crisis de las organizaciones obreras, debilitadas por la caída de los referentes ideológicos y la corrupción interna; el neoliberalismo de fines del XX con su relato de libre flujo de capitales y mercancías, pero no de personas; el neopopulismo de inicios del XXI y su sistema clientelar de favores con fondos públicos…

Parafraseando a Benjamin, el que registra la historia es el historiador, el que narra la historia es el cronista:

> Los basurales cambiaron mucho desde entonces. Ahora son un emprendimiento de 300 hectáreas que se llama Ceamse –Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado. Su origen es turbio de tan claro: en 1977, los militares que asesinaban con denuedo, que llenaban el río de cadáveres, decidieron que tenían que terminar con el smog que afeaba el aire de la ciudad de Buenos Aires. Era una causa noble, bien ecololó: prohibieron los quemadores de basura domiciliarios y los reemplazaron por grandes depósitos ubicados en los suburbios; en su sistema de metáforas, la claridad del centro bien valía la mugre de las tierras de la periferia. En esos mismos días, a menos de un kilómetro de allí, en Campo de Mayo, uno de los cuarteles más grandes del ejército argentino, cientos o miles de cuerpos fueron desaparecidos, quemados, enterrados. (2014, 362)

Ese ejercicio de extrapolación, de diálogo con la historia, le da mayor espesor al relato y mayor consistencia simbólica. La crónica eleva así su autoridad como texto mediador —como espacio de condensación, diría Susana Rotker— de la historia social, política y cultural de América Latina.

La Argentina quebrada, desigual, vergonzante no es un invento de ahora. Sus causas y efectos salen a flote en los diálogos que establece el narrador con los habitantes del basural, en la manera de verbalizar sus propias observaciones, en el modo de nombrar las cosas. Ahí aparece un nuevo lenguaje. Verbos inventados sobre la marcha y bajo la urgencia de sobrevivir: "cirujear", "cartonear"…

> Siempre hubo personas que cirujeaban: que rebuscaban en la basura cosas que vender. Con la instalación del Ceamse —con el aumento exponencial de la cantidad de basura que llegaba a la zona— los cirujas locales también fueron cada vez más. A finales de los noventas, cuando la Argentina se consolidó como un país partido, el Estado armó un cerco alrededor del basural: lo custodiaban docenas de policías. Y no tenían pruritos: cuando cruzaba un ciruja lo cagaban a golpes —y le sacaban, para su beneficio, lo que había recogido […] El Estado que no les garantizaba la comida garantizaba que no pudieran comerse un yogur agrio. Los cirujas empezaron a mejorar sus técnicas: entraban de noche, subrepticios, de a uno o dos o tres; cuando veían algún policía se escondían, a menudo bajo la basura. Aun así, el cirujeo era un trabajo posible en un país donde escaseaban los trabajos. (2014, 263)

El verbo *cirujear* no está en el diccionario, pero quiere decir abrir las bolsas de basura. Se usa un cuchillo, un pedazo de lata, un vidrio. Si los primeros médicos del Renacimiento hundían nerviosos la navaja en la carne humana para descubrir sus misterios, los cirujas de los basurales argentinos hunden ansiosos cualquier objeto cortante en los bultos para conseguir su alimento. Yo diría que es la actualización empodrecida de un movimiento especializado de la mano, que separó la creencia de la ciencia hace cinco siglos. Ahora separa la vida y la muerte sin mayor ceremonia ni miedos ancestrales.

Antes de cirujear, le cuentan algunos al cronista, la gente tuvo que ganarse un lugar junto al basural. Como la inmensa mayoría no podía obtener un terreno por métodos legales, tuvo que ocuparlos por la fuerza. La ocupación de un terreno baldío es la conquista en su estado primitivo. Poner el propio cuerpo entre el terreno deseado y el competidor que lo quiere para sí es una experiencia límite de la sobrevivencia. El primer toldillo de lona sobre cuatro palos torcidos equivale a la bandera de la victoria.

Conquistar es optar por uno mismo a condición de vencer al otro:

> —Yo ese día me enteré a la tres o cuatro de la tarde de que estaban ocupando, y a las seis estaba ahí, con mi pedazo de toldo. Fue difícil, muy difícil. Es como en todos los barrios: se mete uno, se meten dos y cuando te querés acordar ya estaban todos.
> Dice Lorena.
> — Yo ahí me terminé de dar cuenta de lo que es ser pobre.
> Corría 1998 y la Argentina estaba, como suele, en plena crisis económica, social. Las tierras alrededor del basural se llenaban de personas que se habían quedado sin empleo, que ya no podían pagar los mínimos alquileres que les cobraban por una casilla donde sobrevivir. Y además habían llegado miles de refugiados de las inundaciones de las provincias del nordeste: la zona rebosaba de pobreza. (2014, 363)

Ocupado el terreno, comienza la otra lucha, la de llenar el estómago. Entonces la única manera es *cartonear*. Este nuevo verbo no tiene más de veinte años en Argentina, rememora Caparrós. Es un eufemismo para denominar a los que viven de la basura. En realidad, es otra manera de llamar a los que antes se llamaban a sí mismos cirujas.

De nuevo, entre la indecible experiencia del hambre, la prueba extrema del cuerpo sometido a la carencia de proteínas, aparece la palabra como reserva espiritual para darle nombre a lo que parece no tenerlo. Cada vez que le ponemos nombre a algo, el mundo se vuelve menos incierto, diría yo. Cirujear, cartonear, verbos salvadores, no solo sirven para nombrar las cosas, también ayudan a vivir porque permiten orientar las energías hacia una acción de sobrevivencia.

Una corta digresión: recién comenzado el siglo XXI, se unieron la necesidad extrema de la población marginada con la sensibilidad de algunos escritores latinoamericanos más la creatividad de varios artistas socialmente comprometidos para materializar en la vida práctica el verbo cartonear. Los escritores cedieron sus derechos a las organizaciones de recolectores y recicladores de desechos urbanos; estos a su vez se dedicaron a elaborar libros de manera artesanal, con hilo, goma, papel y otros materiales rescatados o en camino de la basura. Los lectores, atraídos por esta empresa colaborativa, compraron los libros a bajo costo, a menudo con ilustraciones a mano, que se conocen hasta ahora como libros cartoneros.[2]

Bueno, ¿por qué no cambia entonces la vida de los que buscan su alimento todos los días en una montaña de basura? Porque hay quienes tienen el poder de evitarlo.

[2] La periodista Fernanda Sández escribió una crónica titulada "Letras de la calle", para la revista *Gatopardo* (2005, 130-142) basada en la historia de Eloísa Cartonera, una editorial surgida bajo esa modalidad en Argentina: "Gastón, decíamos entonces, decora y encuaderna libros. Sentado frente a los frascos de témpera se detiene, pincel en alto, mientras decide si combinar rojo con esmeralda o amarillo con violeta. Con orgullo, me detalla todo el proceso: primero elige y corta el cartón que será la tapa de su ejemplar, después lo decora con sus colores favoritos…" (134). La iniciativa pronto fue copiada en varios países latinoamericanos. Guardo en mi estudio un ejemplar de *Poso Wells*, de la ecuatoriana Gabriela Alemán, en formato cartonero. Creo que esos libros son una pequeña pero irrefutable evidencia de que la realidad tuvo que pasar primero por el lenguaje para transformarse o, como diría John L. Austin, una muestra de cómo hacer cosas con palabras.

2. La multitud monstruosa

Una intención central de la crónica como relato de lo social es dar cuenta del lugar y la acción del poder en cualquier circunstancia. Caparrós lo sabe y lo resuelve de modo aforístico:

> Tirar [la comida] a la basura es un gesto de poder. El poder de prescindir de bienes que otros necesitarían; el poder de saber que otros se ocuparán de desaparecerlo. El poder de poseer es placentero; nunca más que el poder de deshacerse: el poder de no necesitar la posesión. El poder verdadero es desdeñarlo. (2014, 367)

La violencia del poder se expresa también en su capacidad para imponer principios diferenciadores, generalmente binarios: buenos-malos; normales-anormales; seres virtuosos-seres monstruosos…

Antonio Negri sostiene que el principio de diferenciación clásico fue el eugenésico, que dividía al mundo entre seres bien nacidos, legitimados para el mando por autoridad de origen, y seres monstruosos, provenientes de la oscuridad. Estos últimos debían ser reprimidos y expulsados del mundo del orden sin mediación alguna.

No obstante, el mismo Negri identifica un segundo principio, el moderno, según el cual el Estado es dueño y señor de una razón ordenadora de la realidad y todo aquel que no se adapte a su autoridad es un monstruo cuyo lugar es el caos. De todos modos, tal anomalía puede ocupar alguna vez un lugar conflictivo en el mundo del orden y comenzar a actuar como un monstruo biopolítico.

¿Qué clase de monstruo encarnan los cirujas, cartoneros y demás sobrevivientes de los basurales? Podríamos decir, siguiendo a Negri, que se trata de una de las muchas variantes del monstruo biopolítico. Es decir, un monstruo producido por el sistema, que lo impugna y lo acecha desde adentro, pero lo sostiene y lo refuerza a la vez. Tal monstruo no actúa desde una exterioridad absoluta, como el monstruo eugenésico, sino desde una interioridad perturbadora.

Caparrós dice lo mismo, pero en modo crónica:

> En los países ricos la comida se echa a perder en frigoríficos o góndolas de supermercados o depósitos de restoranes o, sobre todo, heladeras y despensas de los consumidores. Es que resulta —todavía— demasiado barata. Y la paranoia dominante en temas alimentarios hace que todos los que pueden tiren la comida en cuanto amenaza acercarse a su caducidad. (2014, 368)

Los seres bien nacidos del esquema eugenésico toman nuevo cuerpo y vida en los hábitos de consumo de los países ricos. Ellos pueden, desde su mundo de orden y de luz, decretar la expiración prematura de los alimentos incluso si la evidencia física dice lo contrario. Los monstruos del modelo capitalista moderno se manifiestan en las masas de seres desnutridos de las periferias del mundo. Ellos no pueden escoger porque el principio diferenciador impuesto desde el poder les asignó el mundo del caos y la oscuridad.

¿Mucha interpretación, mucha ideología? El valor de una crónica radica en que su vocación narrativa y simbólica no le impide mantener el vínculo con el dato empírico y referencial. La razón matemática también aporta al relato:

> [Según la FAO] en Europa y en Estados Unidos el consumidor promedio desperdicia unos 100 kilos de comida por año; un asiático o un africano —¿un consumidor africano?— no llega a los 10 kilos. Y que los ciudadanos de los 20 países más ricos desperdician cada año una cantidad de comida igual a toda la producción de África negra —unas 220 millones de toneladas. (2014, 368)

Una de las principales diferencias entre la dimensión informativa del periodismo y la dimensión narrativa es el alcance de la pregunta. La información se construye a partir de una fórmula simplificadora —las míticas seis preguntas: ¿qué?, ¿quién?, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿dónde? y ¿por qué?, provenientes de las *6W* de la escuela clásica anglosajona—, mientras que la narración, sin renunciar a las mismas preguntas, se apoya en un trabajo de ampliación de su significado. La información encapsula la complejidad de la realidad, mientas que la narración expande su comprensión.[3]

[3] El origen de esta cuestionable separación periodística entre objetividad y subjetividad no es filosófico ni lingüístico, sino pragmático y comercial. En principio, la prensa —entiéndase como tal la forma institucionalizada de la actividad informativa— en Europa, Estados Unidos y América Latina admitía la toma de posición del emisor respecto de cualquier tema. No obstante, cuando la industria informativa, alentada por

Pregunta del periodismo informativo: ¿quién tira la comida en el mundo? Los países ricos. Pregunta del periodismo narrativo: ¿quién, sin ser rico y con una población pauperizada, también tira la comida? Respuesta:

> En la Argentina un estudio —2011— del Instituto de Ingeniería Sanitaria de la Facultad de Ingeniería UBA definió que la ciudad de Buenos Aires tira entre 200 y 250 toneladas de alimentos por día: unas 550.000 raciones de comida. La basura —la abundancia de basura, el desperdicio de basura— es una de las metáforas más obvias del sistema-mundo: que unos tiren lo que otros necesitan tanto, que a unos les falte lo que les sobra a otros. (2014, 369)

El sistema sostiene a sus monstruos. Les da lo justo para que no mueran de hambre, pero nada más para que no se rebelen. La multitud que espera una señal de la policía para correr hacia la montaña de basura trae reminiscencias bíblicas, pero en pobre y en latinoamericano. La tierra prometida es medio kilo de carne todavía congelado que algún supermercado arrojó no sin antes pasarle una aplanadora para ahorrarse el bulto. Visto desde afuera, el basural es un paisaje degradante física y humanamente. Solo desde su interior se pueden escuchar las voces que lo habitan y lo confirman todo.

Un chico con camiseta de Boca Juniors acepta el diálogo con Caparrós:

> —Yo voy con la bici, si te caés te pasan por arriba. O te chocan, porque es un kilombo, y te caés, y si te caés te pasan por arriba. Magulladuras en todos lados. Es como una maratón, el que se cae, pierde. Si no te levantás al toque te pasan por encima. Todos quieren llegar primero. Viste cómo es el hambre: el que llega primero agarra y el que no, no. Así que hay que correr.
> El Laucha lleva diez años subiendo a la Montaña; antes trabajaba de techista, de ayudante de albañil, pero no es fácil que encuentre, dice: que cada vez hay menos.
> —O por lo menos para mí no hay. Por eso subo.
> Me dirá, más tarde, ya en bajada. (2014, 370)

---

los avances de la técnica a fines del siglo XIX y principios del XX, se volvió más exigente, se consolidaron las agencias de noticias, cuyo objetivo, entre otros, era producir información lo más rápido y que llegara a la mayor audiencia posible. Así, agencias como la Associated Press (AP) y otras son pioneras de un tipo de periodismo que se basa en responder preguntas elementales, que producen la ilusión de que quien escribe lo hace desde una posición absolutamente desinteresada. La fórmula no es cuestionable por sí misma, lo que causa resistencia, especialmente entre los periodistas narrativos, es que se la identifique injustamente con el concepto de objetividad.

Ahora soy yo el que se pregunta: ¿qué diría Elías Canetti de todo esto? Mientras elaboraba su inventario histórico de las masas, el pensador búlgaro descubrió que los imaginarios nacionales de muchos pueblos estaban estrechamente ligados a un arquetipo de masa. Así, el ideal de masa del pueblo alemán era el ejército; el de los ingleses, el mar; el de los suizos, la montaña; el de los judíos, el éxodo… ¿Habría podido figurarse un pueblo cuyo imaginario de masa estuviera —no solo, pero sí en buena parte— ligado a las multitudes que sobreviven entre montañas de basura?

Hay que tener presentes todos los imaginarios posibles para narrar la masa como lo hace Caparrós. Pero también hay que tener un cuerpo dispuesto a caminar con la multitud hambrienta mientras los policías vigilan con un dedo en el gatillo de sus armas recortadas. El resto es lenguaje.

Caparrós entra al basural con ayuda de Carlos, una suerte de líder natural en ese mundo sin horizontes, al que todos obedecen:

> —¿Con esa cara que tenés, cómo te voy a hacer entrar? Te van a junar todos, te van a cagar a trompadas.
> Yo le dije que por ahora no tenía otra a mano y que seguro que él sabría defenderme. Carlos rezongó y me dijo dale, te llevo, pero no te garantizo nada: voy a decir que sos un primo mío que llegó de Paraguay, pero hacete de abajo.
> —Acá por mucho menos te cagan a trompadas, así que hacete cargo.
> Ahora un pibe de diez o doce años le trae un pandulce aplastado que acaba de encontrar; Carlos me convida, lo comemos. El pibe, después, me dice que él trata de que sus compañeros de la escuela no sepan que sube a la montaña.
> —No, yo me hago el boludo. Si no los pibes me joden, me cargan por ciruja. (2014, 376)

El hambre, como dice Caparrós, es una experiencia cotidiana. Todos tenemos hambre una, dos, tres veces al día. Pero tener hambre no es lo mismo que pasar hambre. Tener hambre es un estado pasajero, se supera cuando se come. Pasar hambre, en cambio, es un estado de carencia alimenticia indefinido, incierto y, por tanto, angustioso. El que tiene hambre hace algo para comer, lo que implica que se siente capaz de optar por sí mismo en una situación límite. El que pasa hambre no sabe qué hacer, lo que supone que tiene que aceptar que su suerte la decidan en otro lado.

La crónica de Caparrós no es el relato de los que tienen hambre, sino de los que pasan hambre. La relación entre cuerpo y palabra en la crónica de multitudes —y quienes viven en medio del basural son una multitud— hay que buscarla en ese estado indefinido en el que la experiencia del cuerpo anda en busca de un lenguaje.

3. El monstruo refuncionalizado

Toda la gente que pasa hambre, que escarba en los basurales, resulta un excedente del sistema. Esa multitud podría estar integrada pero no lo está. Podría producir riqueza no solo para ella sino para toda la sociedad, pero no lo hace porque el sistema no la necesita. Entonces, si desaparecen esas vidas no es un problema para el sistema. Se calcula que entre cinco y seis millones de personas en Argentina viven en condiciones de marginalidad extrema.

El poder tiene la capacidad de decidir sobre la vida sin necesidad de tocar directamente la materia biológica, aunque en el resultado final la toca. Lo hace mediante decisiones políticas acerca de todos los temas que involucran al cuerpo: el aborto, la eutanasia, la clonación, la producción, la guerra, el trabajo… El poder, parafraseando a Foucault, tiene la potestad de hacer vivir y dejar morir, lo que puede también formularse al revés, dejar vivir y hacer morir, da igual.

Y los que hacen la política lo saben desde hace muchísimo tiempo. Los que la estudian también. Agustín Salvia, sociólogo de la Universidad de Buenos Aires, es uno más en el coro de voces que reúne Caparrós:

> —Bueno, es necesario alimentarlos para que no se produzca una situación de subversión social, donde los saqueos sean la forma sistemática donde los marginales dirimen sus deudas con el Estado.
> Estamos sentados a una mesa de café, San Juan y Boedo, y hablamos como si estuviéramos sentados a una mesa de café.
> —No, no me entendiste: no digo que sea astuto alimentarlos sino alimentarlos mal. Porque es mejor que no sean muy inteligentes y fornidos y además es mucho más barato. En términos de rentabilidad, ¿para qué gastar más dinero en la alimentación de quien no va a

> producir nada? Y de últimas esto te favorece en la medida en que produce personas que no tienen la iniciativa que podrían tener si estuvieran mejor alimentadas. (2014, 403)

La pregunta de Salvia conduce inevitablemente a otra: ¿cuál sería, dentro de la lógica del poder, el costo de evitar el conflicto político con los marginales, el saqueo a los supermercados, la sublevación social? Parecería que asistimos al movimiento vacilante de la pluma de una balanza perversa: ¿cuánto vale no solo la pasividad de los marginados, sino su apoyo político interesado?

Al parecer, los neopopulismos que alcanzaron el poder en varios países de América Latina, Argentina entre ellos, a inicios del siglo XXI, ya saben la respuesta. El hambre también sirve para el chantaje político. El asistencialismo es la forma burocrática de transformar la desesperación de las masas en capital político de los gobernantes. La caridad cristiana a cargo del Estado crea una corriente de lealtad y gratitud hábilmente manejada desde el poder.

Romina, una de las protagonistas de la crónica de Caparrós, hace política sin saber que hace política. Antes trabajaba en un comedor popular que funcionaba bajo el asistencialismo estatal. Pero cerró por discrepancias entre los burócratas. Sin trabajo y con dos hijos con peso inferior al que corresponde a su edad, se inscribió en la organización Barrios de Pie, adepta al kirchnerismo, y recibe 750 pesos por asistir a las marchas que apoyan las políticas oficialistas. No distingue ideologías, no marcha por convicción, lo hace por trabajo. Su trabajo es hacer bulto.

Miles hacen lo mismo que Romina. Entonces, el cuerpo individual se transforma en cuerpo colectivo. El clientelismo es la cara perversa de la política que, en este caso, convierte al individuo en multitud. El monstruo eugenésicamente excluido, la antigua pesadilla del orden se refuncionaliza ahora en un monstruo bueno, una intensidad política favorable al poder, un acontecimiento positivo en tanto activo y movilizado:

> —Yo ahora me anoté en esos Barrios de Pie, pero antes iba a otras marchas, me pasaba todo el día afuera. Después te pagaban esos 150 o 200 pesos, pero tenías que ir, ir continuamente.
> —¿Adónde?
> —A acampar, a la Casa Rosada, esos lugares.
> —¿Y cómo se llamaba el grupo?

> —El Teresa Vive. Pero ahora me anoté ahí en el Barrios y tengo que ir a las marchas.
> —¿Hace mucho?
> —No, hace poquito, hace dos o tres semanas. Y anoté a mi hermano más chico que también necesita. Él trabaja de albañil, pero ahora consigue muy poquito, así que viene conmigo y también se lleva algo. (2014, 413)

El clientelismo, en su esquema elemental, consiste en que el Estado regala comida a los pobres cuando estos no pueden trabajar, pero no pueden trabajar porque ese mismo Estado no les ofrece la posibilidad de hacerlo. Entonces les reparte comida para que no se mueran, justo para que no se mueran:

> —¿Qué te dan en barrios de pie?
> —Bueno, por ahora la mercadería, que ya me dieron un poco, y el sueldo, que lo estoy esperando, 750. Porque yo cobro de los chicos, la asignación ésta universal y yo le dije mirá que yo ya cobro eso, no sé si saltará; no, no salta, me dijeron, no te preocupes. Y a los que no tienen la asignación los pueden meter en las cooperativas, que es de 1.200. Pero a las marchas tenemos que ir todos sí o sí. Si a vos en las marchas no te ven te quieren sacar.
> —¿Y vas a ir?
> —Yo ya estoy yendo, ya.
> —¿Y esos 750 pesos que te dan de dónde salen?
> —No sé, es un tipo sueldo, como una organización, tiene tres letras. No sé si es pé cé, pé o ene ele, algo así. (2014, 414)

Los empresarios y los gobernantes argentinos hicieron todo lo posible para destruir las organizaciones de la clase obrera que hacían funcionar las máquinas del capital industrial y usaban ese conocimiento como herramienta de lucha. Querían librarse de la fuerza subversiva del sindicalismo, pero crearon una masa de pobres sin destrezas obreras, sin estructura organizacional, sin proyecto político.

Creyeron que se habían librado de la violencia política de la subversión y crearon la violencia amorfa de los cuerpos desnutridos.

La trama de la existencia de los que sobran en este sistema ya no es la lucha programática de las reivindicaciones laborales, como lo fue para sus padres y abuelos, sino la lucha burocrática para recibir un subsidio de hambre, la dádiva con que el Estado despierta y adormece al monstruo según la relación costo-beneficio.

El monstruo eugenésico y el monstruo biopolítico se juntan en los basurales de Argentina. Igual que a la basura, nadie sabe dónde ponerlos. Me corrijo, el Estado sí sabe dónde ponerlos, y sabe cuándo y cómo usarlos a su favor.

Lista de referencias

Agamben, Giorgio. 2016. *El fuego y el relato*. Madrid: Sexto Piso.

Arlt, Roberto. 2009. *El paisaje en las nubes. Crónicas en El Mundo. 1937-1942*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Austin, John L. 2008. *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.

Benjamin, Walter. 1998. *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid: Taurus.

Canetti, Elías. 1995. *Masa y poder*. Madrid: Alianza-Muchnik.

Caparrós, Martín. 2014. *El hambre*. Colombia: Planeta.

Foucault, Michel. 1996. *La arqueología del saber*: México D. F. Siglo Veintiuno Editores. S.A.

Le Breton, David. 1995. *Antropología del cuerpo y modernidad.* Buenos Aires: Nueva Visión.

Martínez, Tomás Eloy. 1996. "Defensa de la utopía". Bogotá. Conferencia en el seminario "Situaciones de crisis en medios impresos".

Negri, Antonio. 2007. "El monstruo político. Vida desnuda y potencia". En Giorgi, Gabriel y Fermín Rodríguez, comp. *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de la vida*. Buenos Aires-Barcelona-México: Paidós.

Rotker, Susana. 2005. *La invención de la crónica*. México: FCE-FNPI

Walsh, Rodolfo. 2009. *Operación masacre.* Buenos Aires: De la Flor.